

para venir á abrazarme delante de los espectadores. ¡Ah! señor de Bruyeres, las doncellas os agradan. ¡Pues bien! se os condimentará una con sal, pimienta y nuez moscada.

A partir de este punto de la pieza, Zerbina se excedió aun más y trabajó con arrebatado entusiasmo. A fuerza de gracia, de talento y de actividad parecía luminosa. El marqués comprendió que en adelante no podría prescindir de aquella fuerte impresion. Todas las demás mujeres á quienes había galanteado, y cuyo recuerdo oponia á Zerbina, le parecieron sin gracia, fastidiosas y sosas.

La comedia de Scudery que se ensayó luego despues, aunque no tan divertida agradó, y Leandro, encargado de la parte de Ligdamon, estuvo feliz en extremo; pero supuesto que estamos al corriente sobre el talento de nuestros cómicos, dejémosles en su tarea y sigamos á Vallombreuse y su amigo Vidalinc.

Arrebatado de furor despues de la escena con Sigognac en la que no llevó la mejor parte, el jóven duque volvió á entrar en el palacio Vallombreuse con su confidente, meditando mil proyectos de venganza, el más dulce de los cuales tendia nada ménos que á hacer apalear al insolente capitán hasta dejarle por muerto en el sitio.

En vano trataba Vidalinc de calmarle; el duque se retorcia de rabia las manos y corria como loco por la sala, dando puñetazos á los sillones que caian cómicamente patas arriba, derribando las mesas y haciendo, para desahogar su furor, toda suerte de estragos; luego tomó un vaso del Japon y lo tiró contra el suelo, donde se quebró en mil pedazos.

—¡Oh!—profirió con voz impregnada de cólera,—quisiera poder romper ese pillete como este vaso, y pisotearlo, y echar sus restos á la basura. ¡Un miserable que osa interponerse entre yo y el objeto de mi deseo! Si al ménos fuese hidalgo,

me pelearia con él con espada, ó daga, ó pistola, á pié, á caballo, hasta que le hubiese colocado el pié encima del pecho y escupido á la faz de su cadáver.

—Tal vez lo sea,—repuso Vidalinc,—y para creerlo así me fundo en su resolucion; maese Bilot ha hablado de un cómico que se ha contratado por amor, al cual Isabel mira con ojos favorables, y debe de ser este, á juzgar por sus celos y la turbacion de la infanta.

—¿Y tú crees,—exclamó Vallombreuse,—que una persona de condicion se mezclaria entre esos cómicos, subiria á las tablas, se embadurnaria de vermellon, recibiria papirotés y sufriria que le aplicasen puntapiés en las nalgas? No, esto es de todo punto imposible.

—Júpiter se trasformó en bestia y aun en marido para gozar mortales,—respondió Vidalinc,—derogacion más fuerte á la majestad de un dios olímpico que representar comedias á la dignidad de un noble.

—No importa,—dijo el duque apoyando el pulgar sobre un timbre,—voy primero á castigar al histrion, más tarde castigaré el hombre, si es que detrás de aquella ridícula máscara hay uno.

—Sí lo hay, no lo dudeis,—repuso el amigo de Vallombreuse;—sus ojos brillaban como lámparas, bajo la crin de sus cejas postizas, y á pesar de su nariz de carton embadurnada de cinabrio, tenia un no sé qué de majestuoso y terrible, cosa difícil en aquel atavío.

—Mejor que mejor,—dijo Vallombreuse,—así mi venganza no dará estocadas en el agua y encontrará un pecho en que hundirse.

Un criado entró, hizo una profunda cortesía, y en la inmovilidad más perfecta aguardó las órdenes de su señor.

—Haz levantar, si están acostados, á Basque, Azolan, Merindol y Labriche, y díles que se armen de buenos garrotes y que vayan á aguardar á la salida del juego de pelota, donde se hallan los cómicos de Herodes, á un tal Capitan Estruen-

do. Que le embistan, le apaleen y le dejen tendido en el suelo, sin matarlo no obstante; ¡podria creerse que le tengo miedo! Yo me encargo de las consecuencias. Al descargarle los golpes y para que no lo ignore, que le griten: De parte del duque de Vallombreuse.

Aquella comision de carácter tan feroz y brutal, no pareció sorprender mucho al lacayo, quien se retiró asegurando al duque que sus órdenes iban á ser ejecutadas sobre la marcha.

—Me contraria, —dijo Vidaline al duque cuando hubo salido el criado, —que mandeis tratar de tan mala manera á ese cómico, quien, despues de todo, ha mostrado tener un corazon superior á su estado. ¿Quereis que yo bajo un pretexto cualquiera vaya á buscarle querella y le mate? Todas las sangres son rojas cuando se derraman, aunque digan que la de los nobles sea azul. Yo soy de antigua y buena casa, pero no de rango tan elevado como el vuestro, y no siento escrúpulos de delicadeza. Pronunciad una palabra y voy. Ese capitán se me antoja más digno de la espada que del palo.

—Te agradezco, —dijo el duque, —tu ofrecimiento que me prueba la perfecta fidelidad con que miras mis intereses, pero no puedo aceptarlo. Ese bribon ha osado tocarme, y conviene que expie indignamente este crimen. Si es hidalgo, encontrará á quien hablar. Yo respondo siempre cuando se me interroga con una espada.

—Como gustéis, señor duque, —dijo Vidaline estirando sus piernas sobre un taburete, como hombre que no tiene otra cosa que hacer sinó dejar que las cosas sigan su curso. A propósito, ¿sabeis que esa Serafina es encantadora? Le he echado algunos requiebros, y he obtenido ya una cita. Maese Bilot tenia razon.

El duque y su amigo se callaron, y en esta actitud aguardaron la vuelta de los criados.

CAPÍTULO IX.

CINTARAZOS, PALOS Y OTROS LANCES.

El ensayo habia terminado. Los cómicos, retirados en sus cuartos, dejaban el traje de teatro por el de calle.

Sigognac hizo lo mismo, pero previendo un ataque, guardó su tizona de Matamoros, de buena y antigua hoja española, larga como dia su pan, cuya cazoleta de hierro labrado ponía completamente á cubierto la muñeca, y que manejada por un hombre de corazon podia parar golpes y darlos recios, aunque no mortales, pues estaba despuntada segun costumbre de la gente de teatro, pero esto bastaba y sobraba para lechusma á la cual habia el duque confiado su venganza.

Herodes, robusto compañero de anchas espaldas, se habia provisto del garrote de que se servia para anunciar la subida del felon, y con aquella especie de cachiporra, que manejaba con igual soltura que si hubiese sido una arista de paja, prometase hacer estragos entre las filas de los tenants que atacarían á Sigognac, pues no era su carácter dejar los amigos en el peligro.